

FILOSOFIA DE LA PATRIA

Por Monseñor FELIX HENAO BOTERO

(Oración pronunciada en el Teatro de Bellas Artes, durante el acto de imposición de la Cruz de Boyacá).

Es casi ritual ante estas condecoraciones mostrarse abismado y abrumado por la gentileza en el galardón que otorga el primer magistrado de la patria. En mi caso, quiero recordar las palabras del Libertador: "Las recompensas honoríficas han de ser muy raras y muy justas". Ahora bien: si en mis veintisiete años de sacerdocio he merecido bien de Dios y de la patria, sólo Dios lo sabe con certeza. Lo que sí es un axioma es que merecen la Cruz de Boyacá, la Universidad cuya dirección me fue encomendada hace más de dos lustros por la jerarquía, los heroicos fundadores, los amigos bolivarianos egresados y en despliegue por todo el horizonte nacional, el noble claustro que me abruma con su permanente confianza y el profesorado actual cuyo estilo es la abnegación y los universitarios de hoy cuya consigna es el triunfo por el esfuerzo continuado.

Loado sea Dios por todo, señor gobernador y señor ex-ministro de Relaciones Exteriores.

En esta jornada de reflexión para mí, he considerado oportuno exponer el pensamiento cristiano sobre la noción de patria, desdibujado hoy por los avatares de dos contiendas universales y embrujado por las brumas de diversas filosofías desde que aparecieron: Kant en el escenario jurídico, Spinoza en la concepción panteísta, Rousseau en el sentimentalismo de la voluntad popular y Carlos Marx en el horizonte de la historia. El concepto de nación es psicológico, jurídico del Estado, muy sutil y lleno de sugerencias el de la patria, a la cual debemos el amor y el sacrificio con obras y de veras.

Concepto cristiano de la patria

Monseñor Carrasquilla, uno de los mejores intérpretes del alma nacional, tomó posición ante el problema, en la Basílica Primada,

en el día del Centenario: "El amor a la patria, decía, es virtud, es deber imperioso de moral y de moral cristiana; Jesucristo quiso anunciar antes que a nadie la buena nueva del Evangelio a las ovejas de la casa de Israel y lloró sobre las futuras desgracias de Jerusalén... San Pablo se gloria en sus epístolas de ser israelita, descendiente de los antiguos patriarcas... y León XIII enseñaba que el amor patrio no es obligación impuesta por la ley positiva, sino deber de la ley natural que ha de ser uno de nuestros principales afectos, que ha de llevarnos a defender el suelo natal hasta rendir la vida".

Tiene la patria su teología, como su teoría política y jurídica. En esto el cristianismo ha superado al mundo clásico, por cuanto los valores sobrenaturales superan a los meramente humanos y naturales.

El autor de la "Ciudad de Dios" resumía la tradición en aquellas frases lapidarias: "Vivir para la patria y por la patria, es obligación de virtud del cristiano". Y continuaba con aquel calor peculiar, ardoroso como el cielo del Africa: "ama siempre a tus prójimos y más que a tus prójimos a tus padres y más que a tus padres a tu patria y más que a tu patria a Dios... La patria es la que nos engendra, nos nutre y nos educa... es más preciosa que nuestra madre, nuestro padre y nuestros abuelos". Coincide en ello con el Angel de las Escuelas cuya setencia es una síntesis: "El bien común es más divino que el bien particular. De donde por el bien común espiritual o temporal de la república, es virtud el que alguien exponga aún su propia vida".

Fueron acusados los primitivos cristianos de universalismo, ajeno al sentido de fronteras. Mas ellos contestaban pagando el tributo al César díscolo, al propio tiempo que reclamaban los derechos de Dios y de la naciente cristiandad civilizadora.

Con razón increpaban los apologistas a los perseguidores demostrándoles que los mejores ciudadanos eran los cristianos porque tenían la conciencia del deber patrio entre las normas de conducta social. San Luis Rey de Francia y la doncella de Orleans, como Santa Genoveva de París, defendieron la patria contra los invasores y sus amenazas en nombre de una teología que amaban; como Juan Sobiesky, el manco de Lepanto y don Juan de Austria detenían la Media Luna más allá de las fronteras acicateados por los deberes del patriota y del cristiano.

Nuestros próceres aprendieron en los principios universales de Santo Tomás, interpretados y ampliados por los tratadistas de España, con Suárez y Victoria como exégetas, aquellas verdades del derecho de gentes y aquellos principios sobre los humanos derechos, pisoteados por Bonaparte en la Península y que el jacobismo de las Cortes de Cádiz impedía interpretar con justicia y equidad.

Pasada la segunda guerra mundial se presentaron dos ejércitos espontáneos en la Europa continental semiderruida con el ánimo resuelto de empuñar las riendas del poder. De un lado los hijos de Lenin comandados por Rusia y del otro, el espléndido movimiento de los cristianos sociales que hoy detienen al dictador mongólico detrás de la cortina de hierro. Cuáles pueblos han sido defendidos en su so-

beranía y en sus fueros en la Europa continental y Occidente? Sólo aquellos en los cuales los escuadrones de creyentes se han movilizado con ardor y sin temor. Italia, España, Portugal, Bélgica, Francia, Holanda, Austria, Alemania Occidental, han sido defendidas por la acción de los creyentes, porque los incrédulos no tuvieron ni escuadrones ni valor para oponerse al hielo de Moscú. Antes que el ejército europeo, la organización social cristiana de aquellas gloriosas naciones detuvo el alud de las estepas. Es que, ante un concepto totalitario y materialista que arrasa todos los valores morales, patrióticos y sobrenaturales, sólo una mística poderosa como la de Oliveira, De Gasperi, Adenauer o Schuman, por ejemplo, puede agrupar las conciencias en un tono y una mística con el sentido de la total inmolación. Las cárceles y campos de concentración de Siberia y los Balcanes son un eco fiel del amor a la patria, abnegado y ardiente y de aquel amor a Dios, encendido y pleno de Midszenty, Beran o Stepinac, los más gloriosos patriotas de esta edad. Su sangre o sus cadenas redimirán a la postre a las patrias subyugadas por el mesianismo satánico del materialismo histórico, enemigo de las naciones y cáncer de los pueblos débiles.

El general Mac Arthur solicitaba más capellanes católicos en las gloriosas jornadas del Extremo Oriente, porque su abnegación y arrojo eran tan encendidos como sus plegarias. Y Partson declaraba que las victorias eran alimentadas por el fuego interior de la oración de las madres y de los soldados, convertidos en heroicos luchadores, con una moral insobornable, después de los oficios litúrgicos de los campamentos. Sin capellanes, es deleznable la moral de los ejércitos.

Al otro lado del mar Pacífico, muchachos de nuestra tierra y de nuestra gente, han levantado capillas junto al vivac y van marcando jalones de gloria mientras ellos sienten que las madres los acompañan desde aquí en el sacrificio matutino. La literatura epistolar de los que luchan en Corea es de una belleza encantadora porque esas páginas están saturadas de fe sobrenatural y de valor inexhausto, como patriotas integrales, admiración del mundo libre. Nuestros heroicos marinos que navegan a los mares de oriente están obrando como si su razón natural les dictara aquel pensamiento sintético de Santo Tomás: "Así como es deber de religión dar culto a Dios, en segundo lugar pertenece a la piedad dar culto a los padres y a la patria. El culto de la patria se entiende el culto de todos los ciudadanos y de todos los amigos de la patria".

Visión panorámica de la patria

"Esta es mi patria y la de mi hermano, decía Cicerón: porque aquí en este pueblo nacimos de antiquísima familia; aquí se guardan las aras familiares, de aquí arranca el tronco de nuestro linaje; aquí nos quedan recuerdos y huellas de nuestros antepasados. Todos los provincianos de municipios tenemos dos patrias, la de la naturaleza y la de la ciudadanía: pero por fuerza, hemos de preferir en afecto y en aprecio aquella patria cuyo nombre es el de la república y que es la patria de todos los ciudadanos romanos. Por ella hemos de estar dis-

puestos a morir y sacrificar todas nuestras personas y cuanto tenemos. Mas no por ello deja de ser dulce la otra patria chica que nos vió nacer". La vuestra y la mía señor gobernador, están enlazadas y medidas por el arrullo del Aures y las églogas del Virgilio de la Montaña.

Para Maurras la "terra patrum" ha consistido solamente en la tierra y los sepulcros. Y Nietzsche se equivocaba al conceptuar que la patria no es la tierra de los padres sino la tierra de los hijos. Las cruces, los sepulcros, las fronteras, la cultura, las torres de los templos, el vigor investigativo de los laboratorios, las cosechas en flor, las alturas mitradas de nieve, los valles fecundos, el litoral abierto, las universidades y los claustros, el aldeano y los dirigentes, la historia y las esperanzas, los mutuos sacrificios y las comunes glorias, todo ello se conjuga en el noble sentido de la patria.

El estado hegeliano moderno es el Minotauro de la hora veinticinco, la máquina de fabricar máquinas ha dicho Marcel de Corte, y continúa: "entre el unitarismo mecánico de la ONU, empotrado en textos un poco alejados de la realidad y el internacionalismo comunista existen diferencias espirituales, pero en ambos organismos hace falta el alma de la cristiandad".

Y otro autor contemporáneo afirmaba en reciente congreso internacional que la patria es una realidad oculta a los que están poseídos del demonio de la geometría. Por eso los poetas se han ocupado más de ella que los filósofos. Tiene el concepto de patria un embrujo tan vital como sutil. Es un medio procreador del que en parte se recibe el ser. Una tierra, un clima, una fauna, una vegetación, una historia, una cultura, una comunidad de fines y esperanzas.

Nosotros hemos sentido la patria cuando el trimotor volaba sobre el Foro y el Capitolio en Roma, cuando vimos ondear en Lourdes y en París el emblema tricolor, cuando contemplamos las figuras de Sucre y de Bolívar en La Paz, y cuando extáticos encontramos las tres franjas de la bandera dibujadas en el horizonte del Perú por donde las paseara un día invictas y triunfantes el genio de los Andes. Porque no es preciso que nos llevemos en nuestra peregrinación por tierras extrañas el limo de la patria. Ella vive en nosotros más que nosotros en ella y nos acompaña si somos transeúntes. La patria se edifica sobre la justicia, la honestidad, el decoro, el espíritu colectivo, las comunes esperanzas y sacrificios y las nuevas promociones: "lo que hace una nación próspera es la probidad en las costumbres, son las familias fundadas sobre bases de orden y moralidad, es la práctica de la religión, el respeto a la justicia, una imposición moderada y una repartición equitativa de las cargas públicas", enseñaba León XIII.

El sentimiento patrio posee ingredientes telúricos y espirituales. Pero la virtud del patriotismo es una virtud anexa a la justicia. Es una virtud y una pasión que pertenece igualmente a la categoría aristotélica de relación. Mas el hombre concreto y real no viene sólo de Dios sino también de la tierra. Sin padre ni madre nadie viene al mundo. Fuera del espacio y el tiempo no se nace en esta tierra (Paniker).

La nueva patria

Tienen derecho los universitarios a exigir de mí en esta tarde en que me siento abrumado por el galardón que el gobierno se ha dignado otorgarme, el que yo formule mis esperanzas sobre las nuevas promociones universitarias de la patria y sobre las clases obreras del país en las cuales descansa en gran manera la espléndida suerte de la república. Los universitarios de hoy sienten quizás menos emoción por la concepción de la patria en medio de los vítores espectaculares de las plazas públicas, arropada en el manto del romanticismo jubiloso. Pero probablemente son más realistas hoy que ayer, con un realismo moderado hijo de la escuela. Los escuadrones universitarios que se despliegan por todo el país al salir de los claustros que los formaron, llevan una concepción nueva de la vida, creen en los postulados cristianos de las encíclicas que favorecen al desposeído con justicia, tienen fe en el adelanto portentoso de la moderna investigación, conceptúan que estamos doblando la hoja de un ciclo histórico en el cual la humanidad consagró inútiles esfuerzos a numerosos mitos ingloriosos, afirman su fe en una democracia orgánica ajena y distinta a la democracia del laicismo, a la democracia del comunismo y a la democracia del predominio de unos pocos con menosprecio de la comunidad. Ellos definen la hacienda pública y la economía no como ciencias de la riqueza sino como ciencias del público bienestar. Han perdido el complejo de inferioridad respecto a los profesionales extranjeros y van ocupando en las fábricas, en los anfiteatros, en la judicatura, en los bancos, en los caminos, en las ferrovías, en los laboratorios, aquellas posiciones que se creían eternamente destinadas para los extranjeros. Tiene un peligro la juventud en la concupiscencia de un medio ambiente paganizado, en la sed del oro fácil y en los halagos que ofrecen ciertas posiciones de rápido enriquecimiento. Si la triple concupiscencia del apóstol no corroe el corazón de las juventudes estudiantiles la universidad colombiana le va a dar pronto al continente una maravillosa sorpresa.

Los obreros incorporados a la patria definitivamente son los campesinos con parcela. Adoran a Dios mañana y tarde, prestan su contingente en las milicias, fertilizan el surco con el sudor de su frente, aman con ardor el labrantío, van saliendo del analfabetismo en las escuelas rurales y con las pláticas del párroco se están defendiendo vigorosamente contra los filocomunistas que asaltan la heredad.

Otra suerte corresponde a los obreros urbanos. Es verdad que las leyes sociales han incorporado a muchos a la patria haciéndolos propietarios, los barrios obreros crecen a porfía en todas las ciudades capitales, son numerosos los trabajadores y ciudadanos que cultivan su mente y corazón en institutos de cultura. Pero también hay una masa sin fisonomía local, amorfa y maleable: son los desposeídos, los preletarios. Y mientras haya proletarios en las ciudades, vale decir trabajadores sin techo y sin pan, periclita la suerte de la patria y la pública tranquilidad, ha dicho Pío XII. Felizmente en el ambiente nacional el crédito y las parcelas se multiplican, se está dando acceso a la propiedad al obrero y a la clase media inferior y existe un afán de

multiplicar tales esfuerzos para que la democracia política sea rápidamente una democracia económica, una democracia cristiana. La Iglesia ha tenido veinte siglos de cuidados exquisitos con las juventudes y con los trabajadores. Ellos regresan complacidos al hogar espiritual, mecenas de todos sus anhelos.

Rindo tributo al primer magistrado de la nación y a vos señor gobernador, tan gallardo amigo y eximio gobernante, y juro a Dios y a la patria conservar este galardón como un compromiso más en el cumplimiento del deber.